

Las palabras de Emilio Alberich

Emilio Alberich
Loreto Moya Marchant
J. L. Saborido Cursach

Resumen

Emilio Alberich ha contribuido a la investigación de la teología catequética y de la enseñanza religiosa produciendo una vasta literatura, donde destacan sus manuales de catequética en los cuales expone de manera ordenada, sintética, accesible y profunda los ejes principales de un nuevo modelo de catequesis. En la redacción de la revista hemos decidido escuchar al profesor Alberich en tres entrevistas realizadas en los años 2007, 2012 y 2013 para tres revistas catequéticas.

Palabras clave

Catequesis, Iglesia, democracia, mujer, identidad, evangelización, renovación, pastoral

1. La catequesis desafiada por la realidad¹

La entrevista aquí presentada fue realizada el 11 de enero de 2007 en el Instituto Superior de Pastoral Catequética (Paris), en el marco de una investigación titulada “El lugar de la credibilidad en la catequesis con adultos según Emilio Alberich” conducente a la obtención del grado de Licencia en Teología en la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica. Sus objetivos son: 1) profundizar en la comprensión de la catequesis entendida como ejercicio de la Palabra de Dios que hace crecer en la fe, y 2) avanzar en la reflexión del papel de la catequesis en temas de actualidad, como la democracia en la Iglesia, el rol de la mujer y la reivindicación identitaria. El estilo oral del texto ha sido modificado por el propio Emilio Alberich para esta publicación.

- En la construcción de su modelo de catequesis ¿ha considerado usted solamente la experiencia de la Iglesia europea o se ha inspirado en experiencias de otros continentes?

Ante todo, no me parece que se pueda decir que yo tengo un modelo concreto de catequesis. He intentado, más que nada, reflejar el cambio que ha habido especialmente después del Concilio en la Iglesia, a la luz de los documentos eclesiales y de las tendencias existentes en la nueva reflexión catequética. No me considero como alguien que defiende un cierto modelo de catequesis sino más bien como quien quiere promover la renovación conciliar y posconciliar de la catequesis, respondiendo a los retos de hoy.

Es verdad que tengo una cierta concepción de la catequesis. Esto es fruto esencialmente de la actividad docente que he tenido en la Universidad Salesiana de Roma, donde he estado desde 1964, es decir, 41 años, hasta hace un año y medio, cuando he dejado esa ciudad para volver a España. He sido profesor de catequética fundamental y de catequesis de adultos: esos han sido los sectores de los que me he ocupado. Por eso, es la enseñanza la que me ha llevado a entrar en el tema catequético, a publicar después algunos textos que, a

¹ Entrevista realizada por Loreto Moya Marchant el 11 de enero de 2007 en el Instituto Superior de Pastoral y Catequética (ISPC) de París. Apareció publicada en: L. Moya, “La catequesis desafiada por la realidad. Entrevista a Emilio Alberich”, *Revista de ciencias religiosas* 16 (2008) 11-25.

medida que pasaban los años, he intentado renovar y poner al día, teniendo en cuenta las nuevas producciones tanto de tipo catequético como del magisterio de la Iglesia.

El ambiente de Roma ha sido siempre muy interesante por su universalidad; no es ni italiano solamente ni europeo, aún cuando el movimiento catequético haya tenido su origen en Europa y sean europeos los maestros que han profundizado en estos temas por mucho tiempo. Yo he procurado estar siempre en contacto con América Latina y en mis libros cito siempre documentos latinoamericanos, como Medellín, Puebla, etc. He estado varias veces en América Latina: el año pasado en el ITEPAL de Bogotá y este año iré otra vez a dar un curso. He estado también en Chile, en Argentina, y en varios países hasta México. Tengo muchos amigos también en Chile, especialmente relacionados con la catequesis familiar, que es la gran experiencia que tienen ustedes. Conozco un poco menos Asia y África, aunque en nuestra Universidad de Roma reina una universalidad total, con alumnos procedentes de más de 100 naciones, de los países árabes, del Extremo Oriente, de todo el mundo. En ese sentido puedo decir que he tratado siempre de tener un horizonte bastante amplio y universal, sobre todo por lo que refiere al mundo europeo y a América Latina.

- ¿Cree Usted que su modelo de catequesis es aplicable en América Latina?

He dado varios cursos en México, en Buenos Aires, ahora en Bogotá, en Ecuador, en El Salvador, en Guatemala, y he visto que estas cosas gustan, que se aceptan, que la gente encuentra una cierta utilidad para la renovación, para entrar en una nueva mentalidad catequética. Por la experiencia que tengo puedo decir que sí, que es aplicable en América Latina.

- ¿En qué Iglesias particulares se ha puesto en marcha su modelo catequético? ¿Cuál es la evaluación que usted hace de estas experiencias?

Como Iglesias particulares, entendidas como diócesis, podría nombrar la de San Isidro, cerca de Buenos Aires, donde he estado dando algunos cursos y he podido comprobar que allí encajaba bastante bien la cosa. Pero no puedo nombrar otras diócesis en particular, precisamente por no tratarse de un modelo concreto que se puede

llevar a la práctica, sino más bien de una mentalidad que influye en la formación de los catequistas, que invita a llevar adelante ciertas experiencias. Bueno, en ese sentido creo que por todas partes hay quien vive este clima de renovación y hay quienes no. Pero no se puede decir esta diócesis sí y esta otra no. Es una especie de frontera que atraviesa transversalmente todas las Iglesias.

En todas partes hay quienes siguen apegados a la tradición, en parroquias y colegios, quienes no se han dado cuenta de que hay nuevas vías en catequesis y están más bien desorientados, sin saber por dónde tirar. En otros lugares hay cierta sensibilidad, una cierta preocupación. En ese sentido podría citar toda una serie de iniciativas y de experiencias que van en esa línea; por ejemplo, la *catequesis familiar*, que me parece que está realmente en una línea de renovación, aunque también dentro de la misma experiencia haya todo un proceso de maduración y crecimiento. En 2005 estuve en Santiago de Chile, participando en un congreso internacional sobre la catequesis familiar y fue muy interesante constatar que también existen dificultades, problemas que se plantean, pero la experiencia es sumamente positiva. También creo que van por esa línea de renovación las experiencias de *catecumenado* que se están haciendo, por ejemplo, aquí en Francia, así como también las experiencias con los llamados *recommençants* (los que vuelven a empezar), que considero una de las cosas más positivas que hay ahora mismo en el campo catequético. Por lo demás, con estos adultos que vuelven a la fe, que quieren recobrarla, no se puede hacer un discurso de tipo antiguo, tradicional. Ellos quieren una visión nueva y hay que ponerse al día. En este momento, por otro lado, se está intentando revisar la pastoral sacramental, un problema muy serio que tenemos en todas partes. El tradicional *proceso de iniciación cristiana* está fracasando en muchos lugares. Es general la preocupación y el deseo de ver cómo podemos resolver el problema. Es una línea que atraviesa la Iglesia de hoy: en todas partes hay gente que acepta y gente que no acepta las nuevas orientaciones.

- Usted plantea que la acción eclesial es en el mundo, para el mundo y al servicio del Reino de Dios. Asimismo, declara que la misión de la Iglesia no es la auto-conservación sino ser facilitadora y generadora del Reino,

aquí se centra la importancia de la relación de la Iglesia con la cultura y el mundo. ¿Qué Iglesias particulares están dando pasos interesantes respecto a este proceso de ser facilitadoras y generadoras de Reino y cuáles son aquellas que están más bien interesadas en la auto-conservación? ¿Cuáles son esos pasos interesantes? ¿Cuáles son las estrategias auto-conservacionistas más típicas?

Estamos ante un ideal, una tendencia. En los documentos eclesiales se dice muy claramente que hay que obrar una verdadera *conversión pastoral*, que hay que ponerse en estado de *evangelización*, promoviendo una pastoral misionera que no sea de conservación como era antes. Pero veo que la mayor parte de los observadores están diciendo que tenemos muchas palabras, pero muy pocos hechos y que estamos muy lejos de ser una Iglesia lanzada hacia esa superación del eclesiocentrismo.

Es verdad que hay iniciativas, ideas; ahora se está hablando mucho de *primer anuncio*, de pastoral *misionera*, de la necesidad de entrar en otros ambientes; de conseguir una nueva relación con la cultura; de superar las distintas formas de discriminación eclesial, con respecto a las mujeres, a los laicos: es muy lento el camino de la realización concreta. Oficialmente tenemos la eclesiología del Vaticano II, que va claramente en esa línea. Pero son ideas que caminan con una cierta lentitud. Los documentos contienen nuevas orientaciones, porque es fácil escribirlas, pero cuando se trata de realizarlas es otra cosa.

Con todo, hay cosas que se están haciendo. Hay experiencias, por ejemplo, de formas de auténtica comunidad donde reina una igualdad fundamental entre todos los miembros de la Iglesia, donde se supera el clericalismo, donde también la posición de la mujer adquiere una nueva dimensión, donde hay más proyección hacia fuera y no sólo hacia dentro, aún reconociendo que nuestra pastoral sigue siendo muy intraeclesial. Hay muchas formas de mostrar esa proyección hacia el Reino de Dios. Hoy en día estamos en nuevas relaciones con las otras religiones cristianas (dentro del movimiento ecuménico), con el islam, con el judaísmo...; la cosa se mueve, en la Iglesia hay vida. Aquí, por ejemplo, en Francia, que tiene fama de ser una sociedad donde aumenta la increencia, el ateísmo, la indiferencia religiosa y la secularización, se constata no obstante una extraordina-

ria vitalidad, hay vida. Los cristianos son minoría, ya no es tiempo de cristiandad, no existe el pueblo cristiano del pasado, el pueblo de las grandes masas; ahora tenemos grupos, minorías, comunidades, pero que demuestran una gran sensibilidad y el deseo de tener una nueva relación con la cultura actual. Es una empresa difícil, porque el momento que estamos viviendo es una época de profundo cambio. Aquí, por ejemplo, en el Instituto Católico de París, Denis Villepelet ha elaborado unos análisis preciosos y muy interesantes sobre la situación del mundo de hoy, dominado por la *complexité* – como él dice – por la dificultad y la crisis de identidad de las personas, que carecen de un punto seguro de referencia. Dada esta complejidad tan grande de toda la cultura, el problema de muchas personas es que tienen que reencontrarse, para recuperar su propia identidad. Antes, la identidad le venía a la gente por tradición y por herencia, pero ahora ya no es así, ya no funciona de la misma manera. Hay que personalizar la fe, pero ante un mundo plural, frente a la fragmentación, mucha gente no sabe a qué atenerse.

No faltan experiencias muy interesantes. Y creo que lo importante es mantenernos en la línea de buscar una nueva evangelización.

- Usted plantea la urgencia en la superación de las desigualdades dentro de la Iglesia. Una tarea pendiente es la discriminación de las mujeres dentro de ella. ¿Cuáles son las desigualdades a las que se ven expuestas las mujeres y qué tarea cumple la catequesis para la superación y mantenimiento de esta desigualdad?

Bueno, creo que usted lo tiene que saber mejor que yo. La discriminación de la mujer me parece un hecho evidente. Existe todavía en la sociedad: respecto a la remuneración, en el mundo del trabajo, en la profesionalidad, en la vida política; y también existe el problema dentro de la Iglesia y no solo en relación con el tema de los ministerios, de la ordenación de la mujer.

Estamos experimentando toda una serie de cambios con respecto a las responsabilidades dentro de la Iglesia. Y podemos ver cosas que hasta hace poco eran imposibles de imaginar, como, por ejemplo, que una mujer sea directora de un secretariado de catequesis a nivel nacional o diocesano. Yo recuerdo, en Roma, el caso de una religiosa

que se veía que era la que tenía más capacidad y más experiencia para ocupar este cargo, pero no lo podía hacer porque – según la tradición – tenía que ser un monseñor o alguien así. Eso ahora ya se ha superado. Ella es actualmente la directora del secretariado catequético en la diócesis de Roma. Y hay mujeres ocupando cátedras de teología y cargos de responsabilidad dentro de la Iglesia, como en el campo pastoral. Se está ganando terreno, pero todavía la proporción es mínima. En la curia romana, por ejemplo, hay poquísimas mujeres. Las hay, claro está, pero sobre todo a nivel ejecutivo, como secretarias y empleadas, pero muy pocas a nivel de responsabilidad y de autoridad.

Creo que es importante superar estas formas de discriminación. El Concilio Vaticano II ha dicho claramente que todos somos sustancialmente iguales dentro de la Iglesia, que somos una fraternidad en la que existe distinción de funciones, pero no de dignidad. Y aun respecto a las funciones, queda abierto el problema de los ministerios eclesiales. Concretamente, el ministerio más difundido, más real, más concreto que existe en la Iglesia es el de la catequesis y la mayoría de los catequistas son mujeres. Pero no se les quiere reconocer el nombre de ministerio, por lo menos no en sentido oficial. Ha habido algunos episcopados, entre ellos el chileno, que han pedido que fuera institucionalizado jurídicamente el ministerio del catequista, pero Roma, hasta ahora, ha dicho que no. Varias Iglesias lo han solicitado.

Bueno, es verdad que no han faltado personas, en distintas regiones, contrarias a esta idea, diciendo, entre otras razones: *no, no lo queremos, porque eso sería una especie de clericalización de nuestra tarea*. Les parece que les haría entrar en el estamento clerical. Otra cosa es, por ejemplo, la situación en África, donde en muchos lugares los catequistas son verdaderos guías de comunidad, una especie de “sacerdotes locales”, y en ese sentido habría incluso un problema de tipo económico, al tener que asumir a estas personas como empleados de la Iglesia. Pero se puede pensar que uno de los motivos principales de la negativa es el hecho de la abundancia de presencia femenina, que suscita las consabidas reservas.

- ¿Y usted tiene esperanzas que esta realidad vaya a cambiar?

Bueno, ciertamente... aunque es un proceso lento y complicado también desde el punto de vista ecuménico, porque por una parte algunos se han lanzado demasiado, como son los anglicanos y algunas iglesias protestantes, mientras que el mundo ortodoxo se muestra muy tradicionalista y no acepta el cambio. Bueno, habrá que ir con pies de plomo. Pero pienso que hay que caminar hacia una superación de esta discriminación y que incluso habrá que replantear de nuevo el problema teológico de la ordenación de la mujer. Es verdad que el Papa anterior quiso decir que de alguna manera esto está zanjado, que esto no se discute. Pero se puede observar que en el mundo teológico existe la convicción de que el tema tendrá que reabrirse, pues no hay argumentos convincentes ni definitivos para decir que ahí hay una vía cerrada. Y no se trata de que la mujer acceda a lo que hoy hace el hombre, sino que habrá que repensar – y esto a todos los niveles de la pastoral – la aportación de la mujer para reconocer su carisma específico, y no simplemente para imitar lo que hacen los varones. Es necesario que la mujer entre con su genio, su carácter, con su sensibilidad, con su mentalidad, con su riqueza. Todo esto es muy importante.

Y por lo que se refiere a la catequesis, yo creo que ésta es uno de los factores que puede contribuir muchísimo a cambiar las cosas. Ciertamente, esto no es sólo tarea de la catequesis, pues está implicada la concepción de la Iglesia en general, de su “política” y su pastoral, en todos sus sectores, en su estilo de gobierno, etc. Pero la catequesis, puesto que ayuda a la gente a crecer en la fe y a crecer en su sentido de Iglesia, también puede contribuir de manera determinante. En efecto, donde hay experiencias nuevas de catequesis con adultos, allí el problema se puede decir prácticamente resuelto, ya que no se hace distinción ni existe ningún tipo de subordinación o de discriminación entre hombres y mujeres. La catequesis trabaja muchísimo en el campo femenino, tanto por parte de las catequistas como por parte de los adultos implicados. Tanto si se trata de niños como de adultos, la mayor parte de los catequistas son mujeres y gran parte de los catequizandos o destinatarios son mujeres. Esta presencia de mujeres se debe – entre otras razones – al hecho de que, en la mentalidad y en la cultura, la educación de los niños

siempre se ha relacionado con la mujer, como una tarea femenina. De ahí que parezca normal que sean sobre todo las mujeres las que llevan a cargo la catequesis infantil.

- La catequesis tiene como misión ser generadora de un nuevo tipo de creyentes y de comunidades adultas dentro de un nuevo proyecto de Iglesia. ¿No será muy grande o excesiva la responsabilidad que se le da a la catequesis? ¿Con qué otras instancias culturales o eclesiales la catequesis puede generar relaciones sinérgicas para realizar su tarea?

Sí, yo creo que este tema es uno de los más importantes: pensar que hay que forjar un nuevo tipo de *creyente cristiano* adulto, una nueva forma de *comunidad eclesial* y en definitiva, un *nuevo proyecto de Iglesia*. Todo esto, naturalmente, no es sólo tarea de la catequesis, sino que exige una tarea de renovación eclesial general, gracias a esa conversión pastoral que los mismos obispos están pidiendo por todas partes. Ante un mundo muy cambiado, muy distinto, no podemos seguir con el sistema tradicional. Y uno de los rasgos que resume la novedad de esta pastoral es la urgencia de promover y forjar un nuevo modelo de cristiano, un nuevo modelo de comunidad y un nuevo modelo de Iglesia. Es una exigencia que siente el pueblo de Dios, algo que la gente está pidiendo.

Tenemos que reconocer que el modelo tradicional del “buen cristiano”, en cierto sentido, ya no funciona, está en crisis. Un ejemplo: en la experiencia que se está haciendo con los *recomençants* – y algo semejante ocurre en otros países – una idea fundamental es que no podemos pretender que estas personas vuelvan a ser cristianos como fueron antes o como fueron sus abuelos. Hay que presentarles y entusiasmarlos con la idea de ser cristianos de otra manera, con una relación distinta con la cultura, con la Iglesia, como adultos, como personas maduras en una Iglesia renovada. Y con una fe personalizada, a través de un redescubrimiento de la fe con un sentido social nuevo, renovado, mucho más proyectado hacia el mundo actual y no solo concentrado en la práctica religiosa. Son muchos los detalles, muchos los elementos que configuran el ideal a presentar y – sobre todo – a testimoniar. Que no se haga solo con palabras, sino que ten-

gamos personas concretas ante las cuales pueda decir la gente: *jah, si es así, vale la pena; esto me convence; me gustaría ser así!* Ese es el ideal al que hay que tender.

Y algo parecido vale también para las *comunidades*. El tejido comunitario de la Iglesia está en evolución, al menos hasta cierto punto, ya que en muchos sitios se sigue con la parroquia tradicional, pero existe un verdadero deseo de construir comunidades nuevas. En América Latina merece atención, ciertamente, el importante movimiento de las comunidades eclesiales de base, aunque haya tenido sus más y sus menos y hayan sido a veces muy politizadas, muy metidas en el campo social y político. Pero sucede también lo contrario. Yo recuerdo, hace varios años en Chile, que me llamó la atención el que los mismos obispos invitasen a construir comunidades de base más abiertas a la política y a la sociedad, pues sucedía algo semejante a lo que me decía, en México, una religiosa: “aquí en México las comunidades de base parecen más bien comunidades de rezos”. Sabemos que, en otros sitios, en Brasil, por ejemplo, la situación es distinta. Pero en todo caso estamos ante una búsqueda, una frontera abierta, por la necesidad de construir verdaderas comunidades eclesiales. Que sean verdaderas comunidades. Que no sean solo una comunión formal, organizativa, sino que haya un verdadero sentido de comunión, que se conozca la gente, que haya una preferencia por la pequeña comunidad, de tal manera que la más grande comunidad sea comunidad de comunidades. Eso me sigue pareciendo una línea que va adelante. Eso sí, tenemos también el problema de la autenticidad y «salud» de las comunidades, pues no faltan en algunas caracteres un poco sectarios y de cuño fundamentalista, con el peligro de cerrarse en sí mismas y caer en el culto de la personalidad del líder. Es el problema de la salud y de la eclesialidad de estas comunidades.

Y después está el gran proyecto de renovación *de la Iglesia*, con la superación del eclesiocentrismo. Y en la catequesis es importante no perder de vista este cometido. Ciertamente no es la catequesis la única instancia donde se puede trabajar en este sentido, pero me parece que tiene un papel muy importante a desarrollar en su tarea de formar cristianos nuevos y por su capacidad de hacer nuevas experiencias de comunidad y de Iglesia.

Por lo demás, es importante no aislar la catequesis y en general no aislar la pastoral. Se lamenta mucho hoy día la fragmentación pastoral. La pastoral tradicional se ocupa de la familia, de la pastoral juvenil, en el campo de la liturgia, pero cada sector va por su lado, sin conexión con los otros. Es el problema del proyecto pastoral, que debe ser un proyecto clave, bien pensado, elaborado comunitariamente. Y hoy hay una gran insistencia en decir que la catequesis tiene que ser de toda la comunidad, que tiene que dirigirse a toda la comunidad, a todas las edades y ser incluso inter-generacional.

Es tan importante recobrar la dimensión catequética de toda la vida cristiana que hay quien dice que, más que tratarse de una actividad precisa, tiene que llegar a ser una dimensión de todo lo que se hace en la Iglesia, es decir, que todo va a tener que ser – de alguna manera – catequético. No sólo en lo que llamamos catequesis en sentido estricto, sino también en los grupos de espiritualidad, en la acción católica, en los militantes cristianos del mundo del trabajo, en todas partes tiene que entrar la convicción de que un cristiano hoy tiene que formarse, tiene que seguir creciendo en la fe. Claro que esto trae consigo el peligro de que se diluya un poco la identidad de la catequesis, que sea vista como algo que se mezcla con todo y que muchas veces nos lleva a preguntar dónde está la catequesis. Si todo es catequesis, entonces nada lo es. Hay un problema de identidad también.

Por eso hay que ampliar un poco el panorama. La identidad que debe tener la catequesis es ser siempre ejercicio de la Palabra de Dios que hace crecer en la fe. Pero que se realiza con formas muy heterogéneas, desde una emisión de radio a un curso de preparación al matrimonio, desde el catecumenado bautismal al trabajo “con los que vuelven”, desde un círculo bíblico a un grupo juvenil. La idea central es ésta: así como tradicionalmente se decía que el buen cristiano va a misa, hoy se debe pensar que buen cristiano es aquel que se conserva en estado de formación, o que al menos ve en esto una de sus dimensiones fundamentales, convencido de que ese formarse y crecer en la fe, el conocer mejor el mensaje cristiano e imbuirse cada vez más de las exigencias de la fe en el mundo de

hoy, debe ser una tarea que nos acompañe siempre, aunque tenga formas muy distintas; tendrá momentos más intensivos, otros menos, pero no dejará de ser una dimensión fundamental.

- ¿Cree usted que la democracia es un criterio que daría credibilidad a la Iglesia? De ser así ¿cómo cree usted que debería entenderse la democracia dentro de la Iglesia?

Este es también un tema muy interesante, muy delicado. Bueno, sí, yo creo que daría mucha credibilidad a la Iglesia el hecho de que hubiera una verdadera democracia en ella. Por lo que veo, en América Latina no se habla tanto de crisis de credibilidad de la Iglesia, pues ésta en muchos sitios tiene prestigio y suscita confianza, la gente la ve con buenos ojos. Pero en Europa su imagen ha decaído muchísimo. En España, por ejemplo, es espantoso: el porcentaje de jóvenes que confía en la Iglesia no llega al 3%, con una caída vertiginosa. Además, hay que decir que la Iglesia oficial no goza de buena imagen, entre otras razones por su actitud muy conservadora. Creo que el episcopado francés en ese sentido es más abierto.

Oficialmente se dice que la Iglesia no puede ser una democracia, en el sentido formal de la democracia moderna, en la que el poder viene del pueblo. En la Iglesia es Jesús quien, por medio del Espíritu Santo, da realmente la autoridad y el poder, y en ese sentido no puede ser democrática. Pero respecto al ejercicio de la autoridad, a la actuación de la corresponsabilidad e igualdad de sus miembros, ahí sí creo que hay que decir que debe ser más que democrática. Que debería superar incluso las barreras y los límites de la democracia formal, tan imperfecta y manipulable. La sociedad actual es democrática, pero solo hasta cierto punto, ya que con frecuencia no garantiza una verdadera libertad ni respeta la madurez y corresponsabilidad de las personas. Tiene muchos instrumentos para embaucar a la gente y no siempre lo que dicen los resultados de las elecciones corresponde de verdad a la voluntad del pueblo. Estos defectos deberían ser superados, en cierto sentido, dentro de la Iglesia.

Quizás no sea lo mejor hablar de democracia – en la Iglesia – precisamente por ser un término político, para insistir más bien en el valor de la *koinonía*, de la comunión, ya que la Iglesia es esencialmente

una fraternidad en la que existe una sustancial igualdad de todos sus miembros, participantes todos de la misión profética, sacerdotal y real de Cristo. La eclesiología conciliar habla de esto, de la comunidad, de una fraternidad, de una familia y, por lo tanto, de corresponsabilidad. Encontramos aquí el tema fundamental de la *colegialidad*, que fue uno de los descubrimientos del Concilio, pero que no ha sido puesta en práctica. La colegialidad se expresa tímidamente, por ejemplo, en el Sínodo de los obispos, pero demasiado poco. No se puede decir que haya un ejercicio de colegialidad, ya que no tiene ningún poder de deliberación; se hacen algunas reflexiones y observaciones y se deja todo en manos del Papa, para que haga lo que crea conveniente, de modo que se trata de un puro órgano consultivo y no de una expresión de colegialidad. Y lo mismo se puede observar en las Conferencias Episcopales, que podrían ser órganos de participación, pero lo son de forma muy limitada. Algo semejante vemos en los nombramientos de obispos. La tradición de la Iglesia antigua era la participación, allí había una verdadera «democracia», se puede decir, pues era el pueblo el que elegía junto con el clero. Ciertamente no faltaban los problemas, pero había una participación que hoy no existe. Y en ese sentido se puede decir que la Iglesia debe ser más que democrática, no sólo democrática sino super-democrática, por la naturaleza de comunión que tiene.

- En una época de reivindicación identitaria, ¿cómo se hace posible la inculturación de la catequesis?

Es este un problema interesante, apasionante, muy actual. La idea de fondo es que el cristianismo se debe encarnar en las culturas, de manera que cada pueblo pueda decir que vive el cristianismo según su genio y cultura, por ejemplo, mapuche. Que el cristianismo sea chileno en Chile, brasileño en Brasil y francés en Francia. Aunque, claro está, hay siempre un problema de equilibrio para respetar lo que es esencial al cristianismo, lo que tiene que ser común a todos. El problema que se plantea es cómo ser fiel a la tradición aceptando las características propias de cada cultura. Pero yo creo que tanto la liturgia como la espiritualidad, la teología, la disciplina de la Iglesia, la catequesis, todos estos aspectos de la vida eclesial y cristiana pueden ser repensados en clave local, en clave cultural. En la liturgia, en los ritos, por ejemplo, la forma de celebrar la eucaristía debe

tener las características – por ejemplo, propias del pueblo mapuche – que son compatibles con la esencia de la eucaristía. Tenemos el ejemplo de las Iglesias orientales, que tienen la misma eucaristía nuestra, pero ¡qué distinta! Las cosas esenciales están todas, como la lectura de la Palabra de Dios, la consagración del pan y el vino, las cosas de siempre. Pero qué diferencia en la forma de hacerla, en los ritos, en las ceremonias, en los ornamentos, en la configuración del templo, etc. Y sabemos que en África hay formas de una liturgia africana, con esas danzas que representan una cierta inculturación, aunque sea muy tímida, insignificante. Existe siempre esta tensión dialéctica entre la universalidad, la unidad de la Iglesia que debe estar salvaguardada y lo que es la identidad cultural de cada pueblo.

Por otra parte, no hay que olvidar que la cultura es una realidad dinámica y abierta. Por ejemplo, en el caso de los pueblos indígenas, como en África o en el pueblo mapuche, hay que preguntarse hasta qué punto estos pueblos quieren conservar sus costumbres y hasta qué punto quieren también abrirse a la novedad cultural. Hay pueblos indígenas que están muy aferrados a su tradición y otros que ven que deben abrirse al mundo moderno, a la modernidad y a las nuevas tecnologías. Queda el problema de saber distinguir los valores perennes de lo que es caduco, para comprender lo que es el camino del dinamismo de las culturas, que deben ser abiertas. Basta pensar cómo está cambiando nuestro mundo occidental, donde es más que evidente el cambio que estamos viviendo, algo realmente vertiginoso y desconcertante. Y a todas las culturas se les plantea el problema de cómo realizar la inculturación.

En ese sentido no faltan voces críticas ante algunos intentos de inculturación. Por ejemplo, en África, donde hay quien dice que este afán de inculturación es casi más un capricho de los misioneros extranjeros que una verdadera exigencia de los africanos. A veces son los misioneros los que defienden la idea de que hay que inculturar el Evangelio, mientras que los mismos africanos dicen: “no, nosotros queremos ser como ustedes, no seguir siempre en este estado de inferioridad, en esta pobreza tremenda que padecemos”; y ahí queda el problema de distinguir lo que se debe salvar de lo que se debe cambiar. Es un problema abierto, difícil de resolver a priori.

Está claro que los auténticos valores deben conservarse, y sería una pena que se perdieran. Es lo que está pasando en nuestra cultura, pues estamos perdiendo muchos valores, muchas cosas tradicionales, muchas cosas que son verdaderos valores. Una idea que me parece siempre sugestiva es pensar que los catequistas autóctonos son factores de inculturación espontánea, muy sencilla, sin grandes complicaciones. Algunos dicen: el problema de la inculturación lo tienen ustedes los teólogos, los expertos, los que viven en las nubes de la teoría. En la práctica, la inculturación la hacen los catequistas, la hace el pueblo, sobre todo a través de la religiosidad popular. Por supuesto, no hay que banalizar la cosa, pero creo que el problema está ahí. Sobre todo nosotros en Occidente y también en América Latina - porque ha sido llevado desde Europa - tenemos un cristianismo encarnado en categorías culturales ya pasadas, del tiempo de la reforma y de la contrarreforma. Eso ha calado mucho y ahora se impone abrirse a una nueva cultura, siempre tratando de no perder lo auténtico y abriéndose a lo nuevo.

Hoy en día una reflexión teológica muy interesante habla de la necesidad de reinterpretar incluso los dogmas de fe, los que parecería que son los puntos más inmutables, los que no se pueden tocar ni cambiar. Pero sabemos que también las definiciones dogmáticas están inculturadas, ya que responden a una época, a interrogantes concretos, y están formuladas con formas culturales propias de su época. Hace poco leía un artículo muy interesante al respecto, sobre la necesidad de reinterpretar el Vaticano I, el problema del primado del Papa y de la infalibilidad, puesto que han surgido en un contexto muy concreto y han tenido una aplicación y una interpretación que va más allá incluso de lo que quiso decir en su momento el Concilio. Eso ha llevado a acentuar, muy rígidamente, por ejemplo, el centralismo romano. El primado del Papa entendido como una autoridad universal que tiene, por ejemplo, que designar a todos los obispos del mundo, es una realidad que crea muchos problemas y que no está en línea con la experiencia de los primeros siglos del cristianismo. Estamos ante un problema de reinterpretación, semejante al de la Sagrada Escritura que, si bien es Palabra de Dios, se nos presenta expresada en géneros literarios que hay que saber interpretar y reformular. Lo que hemos hecho con la Biblia

debemos hacerlo – en forma análoga – con el magisterio de la Iglesia, algo que parecía hasta ahora intocable, sobre todo en sus momentos más solemnes. Hoy sabemos que también las mismas formulaciones dogmáticas están condicionadas culturalmente y por lo tanto, para mantenernos fiel a la fe transmitida, hay que poderla reformular y expresarla en formas nuevas.

De hecho, una de las cosas que aleja a la gente y que es motivo de desconcierto e incredulidad es el lenguaje con que se expresa la fe, las categorías culturales que se emplean. Un ejemplo: el autor Andrés Torres Queiruga, que yo estimo mucho y que es un gran conocedor de la cultura moderna, expresa su convicción de que la Iglesia se ha quedado más bien atrasada en su lenguaje y que la fe hay que repensarla por fidelidad a su contenido y para responder a las exigencias de las personas del mundo de hoy. Hay formas de expresar y vivir la fe cristiana que resultan inaceptables para muchos hombres y mujeres de nuestra sociedad, cosas que no pueden comprender y aceptar: y este es uno de los motivos de alejamiento de la Iglesia y de falta de confianza. Estamos ante el inevitable problema de la reformulación de la fe, de la inculturación del Evangelio en el mundo actual. Y también la eficacia de la catequesis depende de la tarea inculturadora, que es propia sobre todo de las instancias eclesiales, aunque también la catequesis – en circunstancias normales – puede contribuir a la realización de esta empresa. Hoy se habla mucho de «catequesis inculturada», especialmente en América Latina. Precisamente la Segunda Semana de Catequesis Latinoamericana (Caracas, 1994) – en la que pude participar – tuvo como tema central la catequesis inculturada, o la inculturación de la catequesis: un tema realmente actual y muy interesante.

2. Entrevista realizada para la revista “Catequética”²

- Hace seis años ha vuelto usted a España, después de 41 años de profesor de Catequética en Roma. ¿Cómo ha sido su “aterizaje” catequético en España? ¿También en el tema de la catequesis “España es diferente”?

Mi vuelta a España ha sido totalmente normal, y me he encontrado siempre muy a gusto, continuando, dentro de mis posibilidades,

² J. L. Saborido Cursach, “Entrevista a Emilio Alberich”, *Catequética*, 53:1 (2012) 2-4.

mi actividad de catequeta. Sobre todo, con frecuentes encuentros y conferencias, con algunas publicaciones, con una reducida actividad docente. He podido seguir el desarrollo de la reflexión catequética europea, y en este sentido creo que la situación española se sitúa claramente dentro de este contexto, con una notable riqueza de documentos, reflexiones y prácticas. No me parece que, desde este punto de vista, se deba decir que “España es diferente”.

- Muchos españoles han estudiado catequética con usted en Roma: ¿se corresponde esto con el nivel de reflexión catequética que existe hoy en España?

En Roma he tenido la ocasión de entrar en contacto con estudiantes, no sólo de España, sino de todo el mundo. Y esto es para mí un motivo de satisfacción, pues dondequiera que voy me encuentro siempre con antiguos alumnos de nuestra Universidad. Y por lo que se refiere a España, se puede constatar que muchos de estos estudiantes ocupan hoy importantes puestos de responsabilidad en el campo de la reflexión y animación de la catequesis.

- Actualmente, al menos en Europa, sobre todo en Bélgica, Francia e Italia, hay un alto nivel de reflexión catequética. ¿Qué influencia tiene esta reflexión más bien teórica con la realidad concreta de la catequesis? ¿O son dos mundos que no establecen relación entre sí?

Bueno, creo que hay que reconocer que sigue existiendo un notable desfase entre la reflexión catequética y la práctica concreta de la catequesis. Por ejemplo: ya hace años que se viene hablando, también en España, entre otras cosas, de un “nuevo paradigma” de la catequesis, de un “nuevo paradigma de la Iniciación cristiana”, de la primacía de los adultos en la catequesis, pero hay que reconocer que la realidad concreta está muy lejos de corresponder a estas indicaciones. Es más, se puede observar que los mismos documentos eclesiales que tratan de la evangelización y la catequesis van muy por delante de la práctica efectiva de la actividad catequética.

- El papa Benedicto XVI ha creado un “dicasterio” para la “nueva evangelización” y ha convocado un Sínodo sobre ese tema. ¿Cree usted que tanto lo uno como lo otro puede ser un impulso para la catequesis en general y también para España?

Es de esperar que estas iniciativas de la Santa Sede para impulsar la “nueva evangelización” tengan una influencia positiva y fomenten esfuerzos válidos, tanto en la reflexión como en la práctica concreta de la evangelización. Y conviene que se unan los esfuerzos de todos: de las instancias oficiales y de la actividad de los catequetas y catequistas. Concretamente, yo pienso que lo que hay de realmente decisivo e importante en todo este programa ideal de la “nueva evangelización”, es precisamente la necesidad de tomar en serio la tarea de la evangelización: sí, es hora de llevar a la práctica esta aspiración y conseguir que tengamos de hecho una Iglesia “en estado de evangelización” y una catequesis verdaderamente “evangelizadora”. Ya hace tanto tiempo que se habla de esto, pero veo que estamos todavía muy lejos de haberlo llevado a la práctica.

- Para la transmisión y la educación de la fe, para el “despertar religioso”, es absolutamente importante la familia. Sin embargo, por muchas partes se dice que la familia está en crisis. A pesar de ello ¿cree que puede seguir siendo la familia ese importante elemento para la transmisión y educación de la fe?

Pues sí, yo estoy convencido de la importancia decisiva y de las posibilidades efectivas de la familia, en cuanto lugar de educación en la fe. Y esto a pesar de la crisis, que no hay que negar. Sobre este tema he escrito un librito, en la colección de “Cuadernos AECA”, con el título: *La familia ¿lugar de educación en la fe?* (PPC, Madrid 2010). Y creo que es muy importante convencer a las familias de estas posibilidades, crear mentalidad, y sobre todo proporcionar motivaciones y ayudas que faciliten el cometido de la educación religiosa, por parte de los padres y madres de familia. De hecho, contamos ya en España con numerosas experiencias positivas de “catequesis familiar”, que nos pueden dar ejemplo e inspirar actividades importantes en este campo.

- ¿Cuáles serían, desde tu punto de vista, las principales líneas de futuro para la catequesis en España?

Yo diría que las principales líneas de futuro son las indicadas, tanto en el magisterio como en la reflexión catequética, acerca de la renovación pastoral y catequética deseada. Por ejemplo: la necesaria “conversión pastoral” con respecto a la tarea de la evangelización, la

adopción de un “nuevo paradigma” de la catequesis y de la iniciación cristiana, la promoción del catecumenado bautismal de adultos, la primacía de los adultos como protagonistas y destinatarios de la catequesis, la activación de la familia y de la comunidad cristiana como condición y contexto vital de la actividad catequética. Se puede decir que son exigencias y líneas de acción de enorme importancia para el futuro de la catequesis.

- ¿Qué medidas más urgentes habría que tomar para fomentar una seria renovación de la catequesis en España?

Yo insistiría en la urgencia de fomentar y mejorar la formación, tanto de los catequistas como de los responsables y animadores de la catequesis, sobre todo de los sacerdotes. Por lo que tengo entendido, aunque se trabaja mucho en la formación de catequistas, creo que estamos todavía muy lejos de lo necesario, pues tenemos en nuestras comunidades demasiados catequistas improvisados, incluso catequistas de 14-15 años. Y por lo que se refiere a la formación catequética que se imparte en los seminarios y facultades eclesiológicas, la situación es demasiado precaria: la disciplina “catequética” resulta por lo general demasiado marginal y de poca consideración.

3. Entrevista realizada para la revista *Sinite*³

3.1. Influencias en tu formación

Tengo que recordar ante todo los estudios realizados y los títulos conseguidos en el Pontificio Ateneo Salesiano de Turín: licenciatura en la Facultad de Filosofía (1950-1953) y doctorado en la Facultad de Teología (1956-1962). Por lo que se refiere a la formación específicamente *catequética*, he tenido la ocasión de trascurrir – en los años 60 – algunos períodos de estudio y profundización en varios Centros europeos especializados: el IKH (*Institut fur Katechetik und Homiletik*) de Munich; el ISPC (*Institut Supérieur de Pastorale Catéchétique*) de París; el *Centre International d’Études de la Formation Religieuse “Lumen Vitae”*, de Bruselas. He tenido también diversas ocasiones de encon-

3 Consejo de redacción de *Sinite*, “Entrevista a Emilio Alberich”, *Sinite* 164 (2013) 569-578.

trar y dialogar con algunos catequetas importantes de Alemania (Franz Schreibmayr, Klemens Tilmann), de Francia (Pierre Babin, Joseph Colomb, Gilbert Adler, Gérard Vogeleisen, Denis Villepellet), de Bélgica (André Fossion, Georges Delcuve, Joseph Gevaert, Henri Derroitte), de Suiza (Ambroise Binz), etc.

He podido aprovechar también diversas ocasiones de profundización y de enriquecimiento – en el ámbito de la pastoral catequética - a través de la actividad docente y en ocasión de la organización y participación en Congresos y Jornadas Catequéticas, en especial del EEC (Equipo Europeo de Catequesis). 41 años como profesor de Catequética Fundamental y Catequesis de Adultos en la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Pontificia Salesiana de Roma me han proporcionado ciertamente no pocos elementos y oportunidades de profundización en el ámbito de la reflexión pastoral y catequética. También ha podido influir notablemente el hecho de haber ocupado puestos relevantes en el sector académico de la catequesis: dos veces director del Instituto de Catequética de la citada Facultad de Ciencias de la Educación (1974-77 y 1986-89), dos veces presidente del Equipo Europeo de Catequesis (1974-78 y 1994-98), presidente de AECA (Asociación Española de Catequetas, 2007-2012).

3.2. Mi implicación en la “pedagogía religiosa”

Mi implicación en la *pedagogía religiosa* ha comenzado propiamente al recibir el encargo de profesor de Catequética Fundamental y Catequesis de Adultos en la Universidad Pontificia Salesiana de Roma, a partir de 1964. El largo período de años transcurridos con esta incumbencia me ha llevado a profundizar paulatinamente el tema de la acción pastoral de la Iglesia y de la catequesis en el contexto socio-cultural del mundo actual. Una influencia decisiva ha tenido, en el desarrollo de mi pensamiento catequético, la celebración del Concilio Vaticano II (1962-1965). El Concilio, aunque no ha tratado explícitamente el tema de la catequesis, nos ha dado una visión renovada de los tres pilares de fondo de la identidad catequética: la Palabra de Dios, la fe y la Iglesia. Esto me ha dado la ocasión de abrimme a una nueva visión de la tarea catequética y de su función en el conjunto de la actividad pastoral de la Iglesia.

Concretamente, a lo largo de los años de estudio y docencia he tenido ocasión de descubrir y ponderar la necesidad de un giro decisivo en la concepción y praxis de la catequesis, superando definitivamente la llamada “época del catecismo”, es decir, el largo período de historia de la Iglesia en el que la catequesis ha sido concebida y practicada, sustancialmente, siguiendo las indicaciones del tradicional “paradigma tridentino”.

Para evitar equívocos, conviene resumir con rápidos trazos lo que se entiende por “paradigma tridentino”. Es la concepción de la catequesis, en un contexto relativo de “cristiandad”, como instrucción religiosa o enseñanza de la doctrina cristiana, recogida por lo general en los catecismos, dirigida principalmente a los niños y extendida, idealmente, también a los adultos. De este «paradigma» debemos afirmar, por lo menos, que hoy nos resulta insuficiente, inadecuado, incapaz de responder a los nuevos retos que el mundo nos lanza.

La renovación impulsada por el Concilio Vaticano II ha transformado de manera profunda la concepción tradicional de la acción pastoral y de la catequesis. Según esta línea de transformación, la catequesis debe ser concebida, ante todo, como el anuncio de la Palabra de Dios para la maduración de la fe, con una fuerte connotación eclesial y comunitaria.

3.3. Vivencia de la evolución de la sociedad y de la Iglesia

A través de la experiencia, y teniendo en cuenta el contexto socio-cultural en que vivimos, veo cada vez con más claridad la necesidad de una renovación profunda de la realidad eclesial y pastoral. En particular, creo que es necesario repensar en términos nuevos algunas realidades fundamentales de la tarea pastoral, como son las figuras del cristiano, de la comunidad cristiana y de la Iglesia. Concretamente: me parece urgente superar la figura tradicional del cristiano como “fiel practicante”, para concebir y promover un nuevo modelo de cristiano, como “creyente comprometido” que pone en el centro de su misión la fe y el compromiso en la sociedad. Será necesario también forjar un nuevo estilo de comunidad cristiana, que posea y viva las características típicas de una verdadera comuni-

dad. Y, sobre todo, se impone la búsqueda y realización de un nuevo modelo de Iglesia, aceptando finalmente y actuando las pautas de la eclesiología renovada del Concilio Vaticano II.

Y por lo que se refiere a los documentos oficiales del Magisterio catequético de la Iglesia, tanto universal (*Directorio General de Pastoral Catequética, Evangelii Nuntiandi, Catechesi Tradendae, Directorio General para la Catequesis*) como particular (de los distintos Episcopados), creo que se puede afirmar que – por lo general – están bien elaborados, son estimulantes y nos preceden en el impulso hacia una renovación seria de la teoría y praxis de la catequesis. Tenemos que reconocer que, a este respecto, el magisterio eclesial va muy por delante de la mentalidad y praxis concreta de la catequesis.

Y por lo que se refiere a los últimos años, es de gran importancia la campaña pastoral por la “Nueva Evangelización” lanzada por el Papa, que constituye hoy por hoy el ideal pastoral en la misión de toda la Iglesia. En relación con la catequesis, todo esto se traduce en un compromiso de gran envergadura, que aglutina y centra en estos momentos las preocupaciones de los catequetas: la búsqueda de un “nuevo paradigma” de la catequesis. Algunas características de esta nueva configuración de la catequesis, de este “nuevo paradigma” catequético, son, entre otras:

- Catequesis eminentemente evangelizadora. La catequesis, en su condición de “momento esencial del proceso evangelizador” (DGC 63-64), no podrá limitarse a fomentar el modelo tradicional del “buen cristiano” o del “fiel practicante”, sino que se verá emplazada a promover ante todo verdaderos creyentes, de fe personalizada, suscitando la conversión, la opción por el Evangelio, la decisión y la alegría de ser cristianos. Hoy se suele decir que necesitamos pasar “de la herencia a la proposición”, superando los rasgos típicos de la situación tradicional de “cristiandad”.
- Catequesis “al servicio de la iniciación cristiana” (DGC 65-68) a la prioridad de la enseñanza doctrinal (primacía del “saber” de la fe), sucede el descubrimiento de la importancia insustituible del proceso iniciático (prioridad del “ser” creyente). Esto implica normalmente la preferencia por una pedagogía de la “inmersión”, del “contagio”, de la “ósmosis”. Es de esperar que – a través de esta nueva mentalidad y metodología – logremos superar la actual situación inaceptable de una praxis de

iniciación que – de hecho – se ha convertido en proceso de conclusión. Concretamente, para muchos la primera comunión se ha convertido en “la última comunión”, y de la confirmación se dice que es “el sacramento del adiós”, “el último sacramento”.

- Como consecuencia lógica, se habla de la urgencia del “primer anuncio” de la fe cristiana y del catecumenado bautismal como instrumento de iniciación o re-iniciación en la fe. En esta línea, la opción por el catecumenado de adultos constituye hoy un imperativo prioritario.
- Catequesis sobre todo de adultos y “adulta”. De la tradicional catequesis infantil e infantilizante se debe pasar decididamente a la catequesis de adultos y “adulta”. Es decir, no sólo se debe dirigir la atención, preferentemente, al mundo de los adultos: es importante que la catequesis sea también “adulta”, o sea, atenta a las características y exigencias de los adultos de hoy. No tendría ningún sentido limitarse a extender a los adultos el tipo de catequesis que tradicionalmente se dirige a los niños y adolescentes.
- Catequesis abierta, permanente, en movimiento, concebida como un camino progresivo que apunta hacia el ideal de la maduración de la fe.
- De la catequesis de preparación a los sacramentos hay que pasar a la catequesis como educación de la fe (DGC 84), para superar el callejón sin salida de la pastoral sacramental y salvar la distancia hoy existente entre “demanda” y “oferta” pastoral. A la tradicional orientación “devocional” de la catequesis debe suceder la preocupación primordial por la educación de actitudes de fe y de amor como “liturgia de la vida”. Todo esto implica una revisión a fondo del proceso tradicional de iniciación cristiana, que debe ser repensado y transformado en clave de inspiración catecumenal.
- Catequesis más claramente orientada hacia el signo eclesial de la “diacónía”. De la preocupación por la práctica religiosa, como punto de llegada de la catequesis, se pasa a la prioridad del compromiso, de la capacidad de entrega y servicio a los hermanos, de la disponibilidad a la acción transformadora en la sociedad. En lugar de tender, como ideal pastoral, a la promoción de “fieles practicantes”, se siente ante todo la necesidad de poder contar con “creyentes comprometidos”, enraizados en la fe y abiertos a la acción y al compromiso en el mundo. Dicho con otras palabras, a un talante más bien devocional sucede la preocupación por una catequesis liberadora y comprometida, atenta a la dimensión social e histórica de la fe.
- Catequesis abierta al diálogo interreligioso e intercultural, pasando de la contraposición al diálogo. A una catequesis celosa por la defensa a ultran-

za de la propia identidad, debe suceder un talante abierto y dialogante, sensible al problema ecuménico y capaz de promover el entendimiento y la convivencia pacífica entre personas de creencias y opiniones diversas.

- La familia tiene que volver a ser un lugar privilegiado de educación en la fe, de despertar religioso y de integración comunitaria de las nuevas generaciones. Esta valoración catequética de la familia (DGC 226-227) debe llevar a superar la posición absentista y pasiva de los padres, que “delegan” en otros la educación religiosa de los hijos. Se trata de ponderar y acrecentar las posibilidades educativas y catequéticas de la familia, en cuanto célula eclesial y lugar privilegiado de educación de la fe, por medio de una catequesis sobre todo experiencial y ocasional.

3.4. Referencias intelectuales

Son sobre todo los lugares, circunstancias y autores que antes cité, a propósito de la formación pastoral y catequética. El haber podido transcurrir períodos de estudio en los Institutos y Centros catequéticos de París, Munich, Bruselas y Nimega, me ha proporcionado un caudal de informaciones y estímulos de gran valor, en orden a renovar las ideas y poner al día las principales convicciones que se refieren a la naturaleza y características de la acción catequística y de la reflexión catequética.

Pero en la base de todo, reconozco que debo mucho a la experiencia y documentos del Concilio Vaticano II (1962-64), que pude seguir de cerca, sobre todo en su último período de desarrollo. Yo estoy convencido de que el Concilio ha sido el acontecimiento más decisivo para la vida de la Iglesia en el último siglo y, para mi vida personal, una experiencia única, enriquecedora, determinante. Y por lo que se refiere al ámbito concreto de la catequética, la aportación más eficaz y convincente en orden a la concepción renovada de la pastoral y de la catequesis.

3.5. Convicciones catequéticas y pastorales

Pienso que necesitamos una renovación profunda, una verdadera “conversión” pastoral y catequética, con un decidido adiós – sin nostalgia – a la pastoral del período de “cristiandad”, que hemos heredado – en la época moderna – con el influjo del Concilio de Trento,

para abrirnos a la novedad de una Iglesia “en estado de evangelización”, o de “nueva evangelización”, siguiendo las huellas y la inspiración profética del Concilio Vaticano II (que en gran parte está todavía sin haber sido tomado en serio y sin haber dado sus frutos).

Si tenemos en cuenta la compleja realidad del contexto actual, creo que nos quedan todavía varias cuestiones pendientes, temas y problemas que será necesario encarar en el próximo futuro con mayor determinación: la actuación del primer anuncio o primera evangelización; la revisión decidida y valiente del proceso de iniciación cristiana, que actualmente se encuentra en una situación insostenible de fracaso e ineficacia; la restauración del catecumenado de jóvenes y adultos, como función eclesial y estructura necesaria para una auténtica iniciación cristiana; la actuación de formas de re-iniciación en la fe; la potenciación de la catequesis de adultos, como forma principal de la catequesis; un mayor empeño en la formación de los catequistas y operadores pastorales; mejorar la calidad de la formación pastoral y catequética de los futuros sacerdotes.

Si contemplamos el panorama actual de la acción pastoral y – más concretamente – de la formación pastoral de sacerdotes y laicos comprometidos, creo que es justo observar que queda bastante lejos de las necesidades y exigencias de este ámbito operativo eclesial. Hay demasiada improvisación, más buena voluntad que verdadera competencia, mayor sensibilidad por la tradición y la rutina que sensibilidad ante las reales exigencias del hoy social y pastoral.

Tenemos motivos para pensar y desear que cambie la mentalidad en este sector de presencia pastoral, asegurando así una mayor incidencia en el servicio de la Iglesia para la educación de la fe y para la promoción del grandioso proyecto del Reino de Dios.